

ESCONDERSE NO ES UNA OPCIÓN

Clara, una chica joven, era una niña solitaria. Había pasado tanto tiempo pasando desapercibida que había olvidado como era estar en un lugar sin miedo. Se movía por los pasillos del instituto como una sombra. Había aprendido que cuanto menos llamara la atención, menos probabilidades tenía de ser el centro de las miradas, de esas risas que no sabía ciertamente si iban para ella, pero que siempre sentía que sí.

No siempre fue así, Clara anteriormente hablaba sin pensar demasiado, ni en como sonaba su voz. También levantaba en clase la mano con mucho entusiasmo y incluso, se reía sin pensar si ese era el momento adecuado. Pero ese tiempo se fue reduciendo poco a poco, como las fotos que van perdiendo color, hasta quedarse como un recuerdo, casi irreal.

El cambio no ocurrió de golpe. En realidad, nunca pasa así. Fue una acumulación de momentos, que al parecer no significaban nada. Eran comentarios en forma de broma, miradas largas, más de lo necesario, unos silencios bastante incómodos cuando ella intentaba conversar. Nada lo suficientemente grave, pero sí lo suficientemente constante como para dejar huella. Clara empezó a corregirse a sí misma. Primero fueron detalles pequeños, como controlar su tono de voz o pensar dos veces antes de decir algo. Luego vinieron los cambios más grandes: dejar de opinar, evitar participar.

Descubrió que el silencio podía ser su forma de protección, una especie de refugio donde nadie podía alcanzarla.

Con el tiempo, esconderse dejó de ser una estrategia y se convirtió en una costumbre.

Había perfeccionado el hecho de ocupar poco espacio. Elegía siempre los asientos más discretos, evitaba cruzar miradas, se movía rápido entre clase y clase para no quedarse atrapada en los pasillos llenos. Incluso en los patios encontraba la manera de esconderse, yendo a esquinas vacías y silenciosas, raramente iba al baño también.

Pero sin embargo, ese refugio tenía un precio.

Habría días en el que el silencio pesaba más de lo habitual. Días en los que sentía un vacío difícil de explicar, como si una parte de ella se hubiera quedado atrás y no supiera cómo recuperarla. Todo siguió igual hasta la llegada de algo que no encajaba con la rutina. Era una nueva chica en clase.

Se llamaba Coral.

No llegó haciendo ruido ni intentando llamar la atención y se sentó en un lugar cualquiera del aula, como si todo le resultara nuevo. Había en ella una calma extraña, una forma de estar sin importar lo que digan o piensen.

Al principio clara, no les prestó atención. Pero con el paso de los días, empezó a notar pequeños detalles.

Un día, casi sin darse cuenta, coincidió con ella en un momento de silencio, lejos del ruido del resto. No hubo mucha conversación, sólo un «Hola, como estás?». Solo hubo una presencia que no era incómoda.

Y eso fue lo primero que cambió.

Porque clara no estaba acostumbrada a sentirse tranquila al lado de alguien. Poco a poco, esas coincidencias pasaron a ser repetitivas. Coral se sentaba cerca de ella, caminaban en la misma dirección. No hacían preguntas invasivas, tampoco se esperaba una respuesta perfecta, simplemente estaba.

Con el tiempo, clara empezó a bajar la guardia sin darse cuenta. Ya no sentía la necesidad de esconderse cuando estaba ella.

Coral no la había cambiado. No le había enseñado a ser distinta. Le había mostrado que no hacía falta esconderse para estar a salvo. Y así, casi sin darse cuenta, clara dejó de desaparecer cuando alguien la miraba, a permitirse existir sin tener miedo.

Porque por primera vez pudo reencontrarse con ella misma, y a sentir paz y tranquilidad.

Aya Houzi El Hafsi